



Mié
18
Abr
2012

Evangelio del día

Segunda Semana de Pascua

“Id al templo y explicadle allí al pueblo íntegramente este modo de vida.”

Primera lectura

Lectura del libro de los Hechos de los apóstoles 5, 17-26

En aquellos días, el sumo sacerdote y todos los suyos, que integran la secta de los saduceos, en un arrebato de celo, prendieron a los apóstoles y los metieron en la cárcel pública. Pero, por la noche, el ángel del Señor les abrió las puertas de la cárcel y los sacó fuera, diciéndoles:

«Marchaos y, cuando lleguéis al templo, explicad al pueblo todas estas palabras de vida».

Entonces ellos, al oírlo, entraron en el templo al amanecer y se pusieron a enseñar. Llegó entre tanto el sumo sacerdote con todos los suyos, convocaron el Sanedrín y el pleno de los ancianos de los hijos de Israel, y mandaron a la prisión para que los trajesen. Fueron los guardias, no los encontraron en la cárcel, y volvieron a informar, diciendo:

«Hemos encontrado la prisión cerrada con toda seguridad, y a los centinelas en pie a las puertas; pero, al abrir, no encontramos a nadie dentro».

Al oír estas palabras, ni el jefe de la guardia del templo ni los sumos sacerdotes atinaban a explicarse qué había pasado. Uno se presentó, avisando:

«Mirad, los hombres que metisteis en la cárcel están en el templo, enseñando al pueblo».

Entonces el jefe salió con los guardias y se los trajo, sin emplear la fuerza, por miedo a que el pueblo los apedrease.

Salmo

Sal 33, 2-3. 4-5. 6-7. 8-9 R/. El afligido invocó al Señor, y él lo escuchó

V/. Bendigo al Señor en todo momento,
su alabanza está siempre en mi boca;
mi alma se gloria en el Señor:
que los humildes lo escuchen y se alegren. R/.

V/. Proclamad conmigo la grandeza del Señor,
ensalcemos juntos su nombre.
Yo consulté al Señor, y me respondió,
me libró de todas mis ansias. R/.

V/. Contempladlo, y quedaréis radiantes,
vuestro rostro no se avergonzará.
El afligido invocó al Señor,
él lo escuchó y lo salvó de sus angustias. R/.

V/. El ángel del Señor acampa en torno a sus fieles
y los protege.
Gustad y ved qué bueno es el Señor,
dichoso el que se acoge a él. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Juan 3, 16-21

Tanto amó Dios al mundo, que entregó a su Unigénito, para que todo el que cree en él no perezca, sino que tenga vida eterna. Porque Dios no envió a su Hijo al mundo para juzgar al mundo, sino para que el mundo se salve por él.

El que cree en él no será juzgado; el que no cree ya está juzgado, porque no ha creído en el nombre del Unigénito de Dios.

Este es el juicio: que la luz vino al mundo, y los hombres prefirieron la tiniebla a la luz, porque sus obras eran malas. Pues todo el que obra el mal detesta la luz, y no se acerca a la luz, para no verse acusado por sus obras.

En cambio, el que obra la verdad se acerca a la luz, para que se vea que sus obras están hechas según Dios.

Reflexión del Evangelio de hoy

En este Miércoles encontramos en la primera lectura un relato de Hechos de los Apóstoles donde se nos narra la liberación de los Apóstoles de la cárcel de Jerusalén gracias a la intervención del ángel o mensajero de Dios. Los Apóstoles habían sido capturados por orden del sumo sacerdote y sus partidarios, los saduceos. Y habían sido capturados no porque hubieran cometido un delito, sino por envidia. La razón, el motivo, pues, no es delictiva.

Hoy mientras leía la primera lectura me ha venido en mente el pasaje del evangelio de Juan cuando Pedro y Juan, van a ver el sepulcro después de que María Magdalena les hubiera predicado que el Señor no estaba allí, sino que había resucitado. Ellos fueron y vieron el sepulcro vacío, sin nadie... Aquí los carceleros encontraron también la celda vacía. Nos encontramos ante un movimiento humano: el de ir a comprobar lo que se nos ha dicho para estar seguros y saber qué es verdad lo que se nos ha dicho. Y, en contraposición, el movimiento divino que no se deja agarrar, no se deja ver, que no se deja atrapar por el movimiento humano. Es precisamente este movimiento divino el que genera la fuerza para predicar a los Apóstoles en el Templo. La Palabra de Dios, la fuerza de Dios, el Espíritu... no puede ser encadenado.

En el pasaje evangélico nos encontramos una parte del diálogo que mantuvo Jesús con Nicodemo, magistrado de Jerusalén. Nicodemo fue a visitar a Jesús por la noche donde se estaba hospedando en Jerusalén. Días antes Jesús había pasado del anonimato (un judío más que había venido a Jerusalén a celebrar la Pascua) a ser considerado entre los habitantes de la ciudad Santa, como el loco que había montado el espectáculo en el Templo tirando las mesas de los cambistas y poniéndose a gritar blasfemias contra el Templo. Nicodemo, en cambio, no vió en Jesús un fanático, sino Alguién especial, al menos vió un Maestro. En este contexto hemos de encuadrar nuestro pasaje evangélico de hoy, ya que, encontramos una enseñanza que Jesús a Nicodemo. Pero es una enseñanza que no se esperaba Nicodemo, no es una enseñanza como la del resto de los maestros: Tanto amó Dios al mundo que entregó a su Hijo único para que no perezca ninguno de los que creen en él, sino que tengan vida eterna. Porque Dios no mandó su Hijo al mundo para juzgar al mundo, sino para que el mundo se salve por él. Jesús le ofrece, le revela un gran secreto a Nicodemo y a todos nosotros: la eficacia de la Salvación, el ser plenamente felices, se encuentra no en el inscribirse en una escuela o una doctrina o cualquier tipo de filosofía, sino el acto de creer en el Hijo.



Fray José Rafael Reyes González
Convento de Santo Tomás de Aquino (Sevilla)